



Latin American Literary Review

VOLUME 49 / NUMBER 99 FALL 2022

ARTICLES:

Christina Civantos. "The Pliable Page: Turn-of-the-21st-Century Reworkings of Villaverde's <i>Cecilia Valdés</i> ."	2
Guadalupe Gerardi. "Interrogating Monstrosity and the Grotesque in Griselda Gambaro's <i>Nada que ver</i> and <i>Nada que ver con otra historia</i> ."	13
Rodrigo Viqueira. "La escritura fonográfica de Rodolfo Walsh: La grabadora y la disputa por la voz obrera en <i>¿Quién mató a Rosendo?</i> ."	21
Daniel Arbino. "'Together We're Strong': Cross-Cultural Solidarity in Angie Cruz's <i>Dominicana</i> ."	30
Marisela Fleites-Lear. "Miamiando: Performing Cubanness in the Time of Elián in Jennine Capó Crucet's <i>Make Your Home Among Strangers</i> ."	40
Teddy Duncan, Jr. "Politics of Dismissal and Death: <i>Tentacle</i> , Necropolitics, and the Political Subject."	49
Cynthia Martínez. "The Ghost and the Double: Identity, Migration, and Storytelling in Francisco Goldman's <i>The Long Night of White Chickens</i> ."	54

CREATIVE:

Lucía E. Orellana Damacela. "Blues."	65
Esteban Córdoba. Two short stories: "Espera" and "Risco."	69
Paul Evaristo García. "Darkest Before Dawn."	71
Ana Duclaud. "Alto Oleaje."	76
Alexander Ramirez. "The Decay of the Angel."	79
Shane Blackman. Three Sonnets: "Listen to Irene Cara", "Octavio Paz and the Nobel", "The Goals of Diego Maradona."	83
Allen Zegarra Acevedo. "Los de arriba."	85
Elliott Turner. "El Cautiverio."	87
Erika Said Izaguirre. "Del north al south."	95
Thomas Glave. "But Who Could Have Known? (Grief, Gratitude)."	104
Óscar Gabriel Chaidez. "Yuma."	111

REVIEWS:

<i>Nuevos fantasmas recorren México. Lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI.</i> Por Carolyn Wolfenzon. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana -Vervuert, 2020. 338 páginas. Reviewed by: Roberto Cruz-Arzabal.	115
<i>Le Maya Q'atzij/Our Maya Word: Poetics of Resistance in Guatemala.</i> By Emil Keme'. University of Minnesota Press, 2021. 258 pages Reviewed by: Ignacio Carvajal.	117
<i>Centenary Subjects: Race, Reason, & Rupture in the Americas.</i> By Shawn McDaniel. Vanderbilt University Press, 2021. 282 pages. Reviewed by: Anibal González Pérez	119
<i>Falso subalterno. Testimonio y ficción en la narrativa chilena de postdictadura.</i> By José Salomon Gebhard. Santiago: Piso Diez Ediciones, 2021. 196 pages. Reviewed by: Ana Traverso Münnich	121

Yuma

Óscar Gabriel Chaidez

BIOGRAPHICAL NOTE: Óscar Gabriel Chaidez (he/him) was born in the state of Durango, Mexico, and grew up between La Purisima, Tepihuanes, and Guadalajara, Jalisco. When he was ten years old he emigrated with his family to Las Vegas, Nevada, USA, and is currently pursuing a PhD in Comparative Literature at the University of Texas at Austin. He comes from a working-class family and identifies as queer. In this piece, Óscar explores themes of identity and displacement related to his family's migration to the US.

Yuma, city, seat (1871) of Yuma County, southwestern Arizona, U.S. It is situated on the Colorado River at the mouth of the Gila River, just north of the Mexican frontier. Founded in 1854 as Colorado City, it was renamed Arizona City (1862) and Yuma (1873), probably from the Spanish word humo, meaning "smoke," because of the local Quechan (Yuma) practice of creating smoke clouds to induce rain. (Brittanica.com)

La vista desde la 95 es engañosamente estática, a medida que la autopista atraviesa vastas, monocromáticas llanuras (en su mayoría planas a excepción de yucas y arbustos de creosota) que terminan con áridas montañas por ambos lados. Paralelas a la carretera, convergen en el horizonte, creando la ilusión de un mar partido.

Yo iba con mi padre en el carro, camino a México.

Algo le ocurría, puesto que no paraba de hablarme, y él nunca me hablaba. Me contaba, por ejemplo, de su llegada a finales de los sesenta, un periodo de gran inestabilidad política para este país. Acababan de asesinar a Martin Luther King Jr., la guerra de Vietnam aún no terminaba, y temía ser reclutado en el ejército.

"Imagínate, y yo sin hablar inglés."

Me habló de la vez en que, muerto del hambre, desde un *Greyhound* en Pasadena observó cómo "unos gringos" se comían unas hamburguesas "tan ricas", pero él no se había dado cuenta a qué se bajaban del autobús, y además no traía dinero. De repente, a los 18, se había encontrado solo en un nuevo país, a cargo de su familia entera. Sin conocer el idioma, ni a nadie. Mi abuelo había arreglado papeles a través del programa Bracero. Más tarde, había intentado arreglarles a sus dos hijos, mi papá y mi tío, pero solo había podido conseguirlos a mi padre, ya que él aún era menor de edad. Justo después de hacerlo, muy avanzado su cáncer, trajo a mi padre a los Estados Unidos, le mostró un poco de la ciudad, y se regresó a México a morir.

Me habló de la pareja de "chinitos" que estuvieron de acuerdo en rentarle el mismo lugar que le rentaban a mi abuelo; de cómo le tenían lástima (o al menos eso piensa) y lo invitaban a comer a su casa de vez en cuando. Me hablaba de cómo, al principio, pensó que no "la iba a hacer": cuánto su cuerpo le dolía después de un día entero en el campo cortando moras, muriéndose de cansancio; llegaba a la casa cubierto en sudor de pies a cabeza y se echaba en el piso frío para despertarse la mañana siguiente con su piel pegada a él.

Me habló del mar: la forma en que lo acariciaba la brisa. Cómo sus caminatas a orillas de la playa eran lo único que le daban paz. Vivía con docenas de otros trabajadores, todos amontonados en una sola casa.

"En la noche," me dijo, "podías sentir las cucarachas cruzándote la piel".

Me habló de cómo, en esos tiempos, no te morías de hambre porque podías ir a los "files" y agarrarte una manzana, o una naranja, o lo que se te antojara. Y cómo, en efecto, tanta gente lo hacía, y, por lo tanto, era como vivir en una especie de paraíso.

Me habló de los hippies. Se vestían tan raro, "estos jípis", me dijo. No los entendía. Pero finalmente, tampoco entendía a los americanos que no eran "jípis"; por qué les gustaban las cosas que les gustaban. Los "cáoboí", esos sí que se vestían "muy bien".

* * *

La cantidad de cactus aumenta a medida que te adentras más al sur. Me hicieron acordarme de la portada de *The Devil's Highway*, el libro de Luis Alberto Urréa que narra el viaje mortal de un grupo de inmigrantes que cruzaron la frontera de Arizona en el 2001. Me di cuenta de que no era muy lejos de allí donde sucedieron gran parte de los hechos en el libro (efectivamente, Yuma se menciona con frecuencia). Pensé en lo fácil que pude haber sido uno de ellos, si mi padre no hubiera podido arreglarnos los papeles; si no se hubiera

mudado a este país hace más de cuarenta años, cuando era solo un adolescente. Si mi madre no le hubiera insistido tanto en que nos trajera a vivir con él. Si no se hubiera quedado cuando recién llegó. Me concentré en un lugar lejos de la carretera, imaginando lo que habrían tenido frente a sus ojos mientras morían de sed. Hombres, mujeres y niños que habían crecido en el mismo tiempo y espacio que yo, y que, como yo y tantos otros, buscaban algo mejor, pero la suerte no les había sonreído.

Por mucho tiempo se rehusó a arreglarnos los papeles. Los Estados Unidos nos iba a corromper; o las pandillas o el “¡Pro-testas-tismo!”. “Cuando estén más grandes”, le decía a mi madre. “¿Ya entonces pa qué?!”, le replicó una vez, claramente enfadada, “¿pa que vayan a recoger fruta?”. Yo tendría unos ocho o nueve años. “¡Quiero que sean algo en la vida!”, añadió, amenazándolo hasta con cruzar ilegalmente. Al final no tuvo de otra más que ceder, y así empezó un proceso que tardó años en completarse. Llevándonos de un lugar a otro. A veces por un certificado de nacimiento, otras para una simple entrevista. Tepehuanes, Durango, Ciudad Juárez. Mi madre, que a duras penas podía escribir, hacía todo a su alcance para lograr su propósito. Sabía lo difícil y peligroso que era hacerlo sin papeles. Todos sus hermanos lo habían hecho, uno tras otro. Primero los hombres, después las mujeres. La casa en la que creció, en una época vibrante y llena de gente, poco a poco se había quedado vacía, como el pueblo entero.

* * *

Mientras más nos acercábamos a la frontera, más me daba cuenta de que para mi siempre ha habido una clara distinción entre México y Estados Unidos. Ayuda que hay un mundo de diferencia entre El Paso y Ciudad Juárez, por donde siempre cruzábamos. Había algo en sus calles, que de niño hacía que se me hicieran familiares, aunque nunca haya vivido en ellas. Era el reconocimiento, creo, no tanto a través de la memoria, sino de lo familiar, la identificación. La arquitectura, las banquetas, las figuras forjadas en los portones: las conocía. Reverberaban memorias de los lugares que sí había habitado. También tenía que ver con el sentirme en el lugar adecuado, en casa: con el ilusorio sentido del pertenecer. Cruzar la frontera siempre significó pasar de un mundo a otro; la frontera no era solo la frontera (que, a fin de cuentas, es una pared de hierro o de concreto, si es que eso) sino—como la madriguera del conejo en que aquella famosa Alicia cayó—una ventana hacia una realidad completamente distinta.

Me costaba creer que en cuestión de minutos estaríamos en México; no hay nada del paisaje que presagie el cambio tan drástico que se experimenta al cruzar. De no ser por las señales, cuando estás a pocos kilómetros (que aún allí, y en ese momento, se sienten fuera de lugar), incitando pequeñas oleadas de emoción anticipatoria.

* * *

Estábamos ahí para arreglarme los dientes. Un mes antes, mientras me comía un taco duro, se me había quebrado una muela del lado derecho inferior. Estaba en el proceso de ponerme una corona, y lo supe de inmediato, puesto que casi un año antes me había pasado lo mismo con una muela del lado izquierdo inferior. En Los Algodones el tratamiento cuesta un tercio de lo que cuesta en Estados Unidos, con seguro y todo, así es que aproveché para de una vez ponerme las dos. Mi padre era el único que podía acompañarme.

Nos registramos en un Best Western alrededor de las 8pm, un hotel tranquilo y digno de su nostalgia de edificio antiguo sin remodelar. Un par de camareras estaban por irse a casa. Las dos hispanas, por supuesto. Me recordaron a mi madre cuando las vi partir, cada una cargando su lonchera. Mi padre, por otro lado, desde el momento en que entramos estaba totalmente impresionado con la habitación. Parecía un niño con juguete nuevo, descubriendo que tenía microondas, y hielera, y ¡hasta una cafetera! Nunca se había quedado en un lugar tan elegante, me dijo.

La cita no era hasta las 2:00pm del día siguiente, así que por la mañana visitamos la Prisión Territorial de Yuma, con seguridad la atracción más grande de la ciudad. Un museo por más de cincuenta años, el lugar ha pasado por varias renovaciones: de 1876 a 1909, sirvió como prisión para algunos de los presos y presas más notorios y peligrosos del suroeste americano. Un año después de su cierre, el espacio reabrió sus puertas como escuela secundaria, solo para volverse a cerrar y abrirse como hospital en 1914. Más tarde, sirvió como vivienda para ocupantes “ilegales” durante la depresión de los 30, y finalmente, en 1961 se inauguró como Parque Estatal.

Sus paredes están cubiertas de carteles llenos de detalles e historias de sus antiguos prisioneros, que iban desde lo interesante hasta lo supuestamente “indignante”. Por un lado, en sus celdas habitaron mormones blancos de buen comportamiento, encarcelados por el crimen “moral” de la poligamia. Por el otro, violentos revolucionarios mexicanos como Ricardo Flores Magón o aquellos que fueron condenados por crímenes pasionales, como Barney Riggs (sentenciado a cadena perpetua por matar al amante de su esposa), o la misma Elena Estrada. Ingeniosamente apodada “La Rompecorazones”, Estrada había sido condenada a siete años por apuñalar a su amante infiel, rajarle el pecho y arrancarle el corazón.

Los nombres de los prisioneros me recordaron que esta tierra alguna vez fue parte de México. No había pasado mucho tiempo cuando se abrió la prisión; entonces Arizona era solo un territorio. Un lugar no se convierte en país de la noche a la mañana. Siempre hay un tiempo de intermedio, pensé, esos años de transición cuando las cosas se encuentran en un limbo. Sí, están ahí. Incluso

cuando, en nuestra búsqueda de integridad e individuación, son ansiosamente olvidados o de otra forma sumergidos en nuestros inconscientes.

* * *

Del museo nos fuimos directo a Los Algodones. Dejamos el carro en el lado americano y entramos a México a pie, por una puerta giratoria de barras de acero unidireccional. Alcanzábamos a ver las banderas de ambos países desde el estacionamiento. Estas sobresalían en el complejo lleno de avisos y señales que visualmente conformaban esta abertura fronteriza en específico. Nada que ver con el cruce entre San Diego y Tijuana, por supuesto, pero en su complejidad de símbolos, definitivamente lo aludía.

A pocos pies había una de esas cintas de seguridad por donde pasa el equipaje, comunes en aeropuertos y otros espacios de transición, pero era obvio que todo era una puesta en escena, ya que no había nadie allí y pasamos completamente desapercibidos. Hubiera pensado que entrábamos a un pueblo fantasma de no ser por la hilera de carros que se formaba justo a nuestra izquierda, esperando entrar a Estados Unidos, y porque de pronto escuchamos la radio de un viejito que cuidaba la entrada a unos baños públicos. Su trabajo, me pareció, era mantenerlos limpios y repartir el papel higiénico, aunque en vez de cobrar (como suele ser el caso) solo pedía lo que cada persona le pudiera o quisiera dar. Mi padre, a su edad y con diabetes, aprovechó para usarlo. Yo me quedé afuera, al lado del viejito y escuchando la canción del Bukí que en ese momento se tocaba en la radio. No obstante, me alcanzaba a llegar el olor a pinol tan típico de los baños públicos de México.

No tan famoso como Singapur o Costa Rica, Los Algodones se puede entender como un lugar de turismo médico. Al mismo tiempo, como espacio que divide el supuesto "centro" y su consecuente "periferia", es un lugar de intercambio económico; uno donde la línea entre las industrias lícitas e ilícitas se desvanece por completo. Farmacias, dentistas, oculistas, una que otra clínica para cirugías cosméticas, una que otra tienda, puestos de comida callejera y uno que otro restaurante. Eso era Los Algodones. Y claro, muchísimos puestitos que vendían camisas, cintos, gorras, carteras, chupitos, artesanías mexicanas, y todo tipo de recuerdos. El típico "fui a tal parte de México, y nomás esta pinche camisa me trajeron", la ubicua Frida, y hasta imágenes que ya hacia retiradas como la del mexicano flojo durmiendo frente a un cactus. El auténtico kitsch fronterizo que Ricardo Guzmán Wolffer una vez describió como "horroroso"; un lugar donde todo se mezcla con todo—y, por lo tanto, un espacio de violencia (aunque quizás de un tipo menos espectacular en este caso: Es obvio que, o los narcos de alguna forma controlan el lugar, o les pagan muy bien para que no se interrumpa este otro comercio transnacional). "I went to the border and there was nothing there", me diría una amiga muchos

años después. Me pregunto si en realidad no pudo ver, o no quiso. "Exacto", le contesté, en español.

Justo como cuando era niño, el contraste entre los dos lados fue lo que más me llamó la atención. A pesar de su marginal locación geopolítica todo una típica ciudad americana en cuanto a su geometría y espacio, en comparación con Yuma, todo era más chico en Los Algodones, y, parecía (aunque esto quizás era mi instinto imperial) mucho más accesible. La proporción entre gente y carros también era más alta, así como la de trabajadores y ciudadanos ambulantes, y ni mencionar la de fuereños a locales. De hecho, pronto me di cuenta de que una gran parte de los que trabajan ahí viajan directamente desde ciudades cercanas más "habitables" como Mexicali o San Luis Río Colorado.

"What you need, my friend? You need una crown, un implant? What you need?" me preguntó un joven con su inglés quebrado en cuanto empezamos a caminar por el pueblo, extendiéndome un volante. Otro muchacho le hacía el mismo tipo de preguntas a mi padre. "No, no, estamos bien, gracias; ya venemos con cita" le contesté. Volteé a ver a mi padre, que con una sonrisa y ademanes rechazaba al muchacho para toparse con otro. Me paré a esperarlo, aprovechando el momento para echarle un ojo al mapa en mi celular y asegurarme que íbamos por el camino correcto hacia el lugar donde tenía la cirugía agendada.

* * *

En la tarde, después de la extracción de muelas, nos sentamos afuera de una paletería. Eran alrededor de las 6:00pm, aparentemente la hora en que los niños de ahí salen de la escuela, ya que los vimos caminar: niños, apurados, gritando y jugando. Niñas, agarradas del brazo, riéndose, supongo, de otras cosas. Parejitas. Y por supuesto, los solitarios, atrás, alzando los oídos para alcanzar a oír algún chiste, riéndose en silencio.

* * *

Mi padre nos visitaba una vez al año. Los meses de invierno, cuando no había trabajo en California. Por supuesto, no eran suficientes para compensar los nueve o diez que no estaba allí. Ni tampoco es que hiciera lo posible por recompensarlos, puesto que la mayoría del tiempo se la pasaba tomando con sus amigos, o su hermano, o paseándose en el centro. Sin embargo, había algo para lo que sí podíamos contar con él: las historias a la hora de dormir. Cada noche, no importaba dónde estuviera, podíamos ir por él para que nos contara una historia.

Desde siempre un hombre de fe, las bíblicas eran sus favoritas, tal como la del hijo pródigo, o de Jesús caminando sobre el agua. A mi me encantaba la del hombre que indagaba acerca de la posibilidad de la nada. Un hombre iba por la playa, haciéndose una

serie de preguntas: ¿Pudo haber algo antes de Dios? ¿Cómo puede algo siempre haber existido? ¿Y si Dios lo creó todo, entonces quién creó a Dios? Mientras pensaba, miraba a un niño, a la orilla de la playa, hacer algo curioso; con las palmas de sus manos, parecía estar llevando agua del mar hacia un pequeño pozo que él mismo había construido. Perplejo, se acercaba al niño y le preguntaba qué hacía. El niño entonces le explicaba que quería transferir toda el agua del mar a su pequeño pozo. "¡Pero eso es imposible!", exclamaba el hombre, riéndose del niño.

Sin embargo, la historia que más me emocionaba era la del Éxodo, y precisamente, la parte donde Moisés abrió el Mar Rojo. No es que la liberación de los esclavos me conmoviera tanto, o que de una u otra forma el insólito evento reforzara mi fe, sólida en ese entonces. De hecho, por alguna extraña razón, empatizaba con los soldados del faraón, quienes siempre terminaban ahogados en el mar. Los imaginaba persiguiendo a los israelitas, en medio de las dos paredes inmensas de un mar feroz y hambriento. Ilusos, creían que para ellos también era el milagro. Después me imaginaba cómo se les venía el mar encima, indefensos ante su poder natural. Por unos segundos me atrevía a ponerme en su lugar, y de repente me sentía flotar en el medio de un mar oscuro y silencioso. Justo en ese momento, creo, me quedaba dormido.

* * *

¿Cuál es nuestra relación con el territorio? ¿Quiénes somos según el espacio que habitamos? Los afectos que provoca en nosotros es fruto de cómo cada uno formamos lo que entendemos como "mundo", pero si el mundo exterior se refleja en nuestro mundo interior, y el mundo interior en el exterior, ¿dónde yace la frontera entre lo externo y lo interno? Quiénes somos, lo que somos, es la consecuencia tenue de nuestro pasado; nuestras subjetividades dan fe de toda una historia de encuentros, pero también separaciones.

Entre mi padre y yo nunca hubo una conexión propia de padre e hijo, lo que sea que eso signifique. Algo mucho más que una frontera geopolítica nos separó desde siempre. La distancia, su indiferencia, nuestras naturalezas tan iguales y opuestas al mismo tiempo; el miedo transmutable, pero sin límites del rechazo, ¡no sé! Pero de una forma u otra todo sirvió para crear una frontera entre los dos, y con el paso de los años, solo se fue consolidando. Tampoco sé hasta qué punto contribuí a nuestra separación, si lo hice a propósito o sin querer, pero en algún punto algo se quedó estancado. Los días antes del viaje mis hermanos seguían bromeando que este sería el tiempo de unión tan esperado entre mi padre y yo. Tal vez lo haya sido y esto solo lo podré ver más tarde, pero en el camino de regreso no pude evitar sentir que siempre seremos dos extraños.

* * *

